

# EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.  
Número suelto..... 0,10  
Idem atrasado..... 0,10

Pago adelantado.

## El reino de Cristo.

QUE Cristo fuera rey lo declaró el imperio de Roma por la boca de Pilatos cuando dijo al Salvador: «Luego tú eres rey»: á lo cual contestó el divino Maestro, que quería enseñar la verdad al que pretendía ser su Juez, confirmando la frase del procurador romano y diciendo: «tú lo dices que yo soy rey»; lo cual equivale á una respuesta categórica y afirmativa, no solamente de su derecho á reinar, sino también de su reino efectivo.

Los judíos esperaban un rey, y no quisieron reconocerle cuando se presentó para llevarlos á la victoria. Ya, durante la predicación de Jesús, habían expresado claramente sus deseos diciendo: «No queremos que éste reine sobre nosotros», á lo cual, Cristo Rey dió esta respuesta: «Aquellos enemigos míos que no quisieron que reinara yo sobre ellos, traedlos aquí y quitadlos la vida en mi presencia». Estas cosas eran dichas en parábolas, pero los judíos comprendieron bien que lo decía por ellos y por Él: esto es, que Él era su rey, y ellos los que no le querían. Hasta tal punto eran enemigos de su rey, que cuando Pilatos puso en el título de la Cruz: *Jesús Nazareno rey de los Judíos*, fueron corriendo á decirle: No pongas «rey de los judíos» sino pon: «que Él se llamó rey de los judíos», por lo cual, amoscado el romano, les contestó: «Lo escrito, escrito está», que fué un nuevo reconocimiento del reinado actual, *in actu*, como dirían los escolásticos, de Cristo Jesús.

Ocurrió, sin embargo, en cierta ocasión, que el pueblo judío, cuyos sentimientos no estaban tan maledos y pervertidos como los de sus directores, quiso levantarle sobre el pavés proclamándole rey: y el Salvador que afirmaba su reino, no quiso ni consintió en semejante proclamación, sino que huyó solo á una montaña. ¿Cómo se compagina esto de no querer ser rey de hecho y afirmar que lo era?

La explicación es sencillísima; querían los judíos á Jesucristo rey á la manera de los reyes que ellos conocían, á la manera de Herodes, tetrarca ó reyezuelo que era entonces en Galilea, pues con los nombres de tetrarca y de rey lo denomina S. Mateo, aunque S. Marcos sólo le da el título de rey y S. Lucas el de tetrarca. Y aquello era demasiado poco para Jesús, que si consintió una sola vez en ser rey de burlas, ejerce muy de veras la potestad regia sobre todos los hombres, aun los reyes, aun aquellos que, como los judíos, no quieren que reine sobre ellos.

Es difícil, en estos tiempos de ideas trastornadas y confusas, en estos tiempos de reyes constitucionales que reinan y no gobiernan, hacer entender á las gentes la soberana realza de Jesucristo, del cual son simples administradores, simples ministros, responsables con verdadera y no ficticia responsabilidad, porque han de responder delante de este soberano Rey, de todos y cada uno de sus actos, como tales reyes ó como tales ministros responsables. Para poder lograr que nos entiendan, ó mejor, que entiendan algo los lectores de EL CASTELLANO, acerca de la

soberanía ilimitada y absoluta de Jesús, conviene recordarles que la misión del Verbo á la tierra ordenada por su Padre, no fué otra que la de establecer «el reino de Dios», de cuyo reino fué constituido Jesús rey sobre el monte santo de Sión.

Ahora bien; el reino de Dios, considerado como sociedad constituida por el Hijo del Eterno, es la misma Iglesia Católica, encargada por Él de dar albergue á la humanidad entera, cuidándola como una madre á sus hijos. Y para que los hombres entendieran qué clase de autoridad habría de ejercer esa sociedad, la dió el nombre de reino, como para indicar que la constituía soberana é indepen-

ella cayese, será aplastado.» Y como para Jesucristo Rey no hay obstáculo humano que pueda impedir el cumplimiento de su voluntad soberana, ha seguido siempre, como la sombra al cuerpo, el aplastamiento de los que fueron á dar contra aquella piedra, conforme á la palabra de Jesús, que es palabra de Rey.

Ahí está la historia para comprobarlo. Desde la república judía del tiempo de Pilatos, que se deshizo al chocar contra la piedra, hasta la república también judía de Fallieres, que se está desmoronando por consecuencia de un choque parecido; cuantas sociedades entraron en lucha con el reino de Dios, han sido víctimas de su ceguera, pereciendo mi-

procurar súbditos fieles y vasallos decididos al soberano Señor de reyes y vasallos. Así lo hicieron por regla general nuestros reyes cristianos de la reconquista que cedían sus palacios para morada del Hijo de David. Por eso prosperaron y crecieron como la espuma, hasta llegar á la constitución de un tan vasto reino español como nos dice la historia.

Otro aspecto tiene el reino de Dios, y, por consiguiente, el reino de Cristo, en el mundo, y es el aspecto individual. Porque Cristo en cuanto rey, no lo es sólo de las colectividades, lo es igualmente y con antelación de los individuos; de manera que cada uno de los hombres, aun cuando la sociedad de que es miembro no quiera reconocer á Cristo Rey, está obligado á reconocerlo él en particular y tributarle los honores debidos á la realza; siendo esta obligación tan grande, que, para cumplirla, ha de desobedecer, si es preciso, las leyes impuestas por la autoridad social de la agrupación á que pertenezca, sea la que fuere, así se trate de una sociedad política perfecta, ó de otra agrupación inferior que no tenga los honores de sociedad independiente.

La cosa es harto clara: porque si un todo tiene obligación de hacer algo, también la tendrán las partes componentes de este todo. Si los reyes de la tierra y sus reinos deben obediencia á Cristo Rey, ¿no se la deberán los vasallos de aquellos reyes? De donde se sigue que, por una parte, los reyes nada, absolutamente nada, pueden mandar que esté en oposición con lo dispuesto por el soberano de los reyes; y por otra, que supuesto un mandato real, una providencia, una ley cualquiera, promulgada por una determinada autoridad social, opuesta á las leyes del reino de Dios, ese mandato, esa providencia, esa ley es radicalmente nula, y no solamente no hay obligación de obedecerla, sino que la hay muy grave de desobedecer, aunque para ello haya necesidad de perder la vida, no digamos las comodidades y las riquezas, honores, etcétera, que todo ello vale harto menos que el vivir.

Los reyes de acá tienen sanción para sus leyes, premiando á los fieles servidores y castigando á los infractores; sólo que esta sanción, en la mayoría de los casos, no tiene efecto, porque ni es posible premiar todos los actos de obediencia, ni son conocidos la mayoría de los casos de desacato, por bien organizada que supongamos la policía. No sucede lo mismo, sino todo lo contrario, con Cristo Rey; porque ni el más pequeño cumplimiento de sus leyes queda sin premio, ni la más oculta y leve desobediencia sin castigo. Tiene para eso dos medios segurísimos de que carecen los reyes de la tierra: conocimiento perfecto é íntimo de lo que hacen sus vasallos, y poder absoluto que nada puede contrarrestar. Y como su reino no es de este mundo, y en éste y en el otro dispone de medios eficaces para imponer su voluntad, premia ó castiga aquí ó allí, según lo dispone su sabiduría infinita ayudada de su poder soberano.

Tal es el Rey que confesó Pilatos, que negaron los judíos, que reconocemos los cristianos, que adorarán un día, de grado ó por fuerza, todas las tribus, pueblos, naciones, reyes y vasallos, Cristo Jesús.



cientemente de cualquiera otra. Y como si todo esto no fuera bastante, todavía se dignó explicarnos el divino Maestro cuánta iba á ser la potestad de su reino y de su vice-gerente, diciéndonos que á Él se le había dado *toda potestad* en el cielo y en la tierra, y que *esa misma potestad* transmitía á sus Apóstoles y á quienes le sucedieran en el régimen de la sociedad. Previendo además los futuros conflictos que la malicia y pasiones humanas habían de suscitar en la serie de los siglos, advirtió á los alborotadores y rebeldes que mirásen bien lo que hacían en oponerse á sus soberanos designios y mover cuestiones contra su reino «porque el que chocase contra ésa piedra, dice, será deshecho; y sobre quien

serablemente cuando más seguras se creían y más contaban con una victoria imposible; porque «no hay fortaleza, no hay poder contra Dios».

Otras sociedades, otros reinos, con mayor cordura, reconociendo la fuerza incontrastable é invencible de este soberano reino, procuraron acatar sus leyes y cumplirlas, siendo siempre respetuosos amigos y fieles servidores del soberano rey por derecho propio é independientemente de la elección popular, fuente única de legitimidad en los reyes de la tierra. Por eso les iba bien en sus empresas y arrollaban á los enemigos de su reino, y le ampliaban y extendían, no tanto para extender el dominio de su cetro, cuanto para

## Fin de Pilatos.

EXISTE en la Suiza, entre los cantones de Lucerna y Underwal, en la orilla occidental del lago Lucerna, una montaña cuya altitud alcanza á 2.133 metros, conocida con el nombre de *Monte de Pilatos* ó *Monte Maldito*, á causa de la muy aceptada y depurada tradición, de que en ella puso fin á sus malditos días el más cobarde ó injusto de los magistrados que ha habido en el mundo. El que se permitió dar la sacrilega orden de mandar flagelar al justo ó inocente Hombre-Dios, á pesar de no hallar el más leve motivo de censura en él; el que se atrevió á sustituir para su libertad al facineroso Barrabás en lugar del Libertador de las naciones, cediendo á los impulsos y vociferaciones de una clusma desenfrenada y ebria de sangre alentado por los *intelectuales* de la época; el que, convencido de lo calumnioso ó imprudente del proceso que tenía que fallar, con hipócrita debilidad declaró públicamente que no quiere ser culpable en el último y afrentoso suplicio de aquel Justo, y sin embargo lo entregó á la vil canalla para que sacie en él su sed de abominaciones, no sin mandar ponerle en el patíbulo el cartel de ignominia en que se hace patente que es el Rey de sus verdugos.

Consumada la terrible tragedia del Gólgota, no tuvo aquella alma inmoble ni un momento de tranquilidad, y para ahogar los gritos de su conciencia, emprende una carrera vertiginosa de atropellos, crueldades y malversaciones administrativas, que haciéndose insostenible á sus súbditos, éstos le delatan al Emperador, formándole tan largo capítulo de cargos, que al mismo déspota Tiberio indignó de tal manera, que dispuso su relevo, destierro y prisión.

Un día el Procónsul de Judea estaba maquinando el medio de exterminar á los samaritanos, cuando de improviso se le presentó un patricio romano, acompañado de la guardia pretoriana, y le entregó un rollo cerrado con el sello del César.

Tremulo lo abrió y desplegó Pilatos, y al leerlo, cayó desplomado en su sitial. Aquel patricio era su sucesor, quien debía prenderlo y hacerle comparecer ante el Emperador á responder de la injusta sentencia de muerte impuesta y ejecutada en la persona de un Noble Judío, en el que se habían atropellado todo los derechos, fueros y preeminencias jurídicas de los israelitas, reconocidos por la legislación romana, y además, á dar estrecha cuenta del acervo del tesoro sagrado del templo de Jerusalén, que *desamortizó* en provecho propio, y de otra multitud de arbitrariedades de que se le acusaba.

Poncio Pilatos, humillado, fué conducido entre guardias, atravesando en sentido contrario las mismas calles jerosolimitanas que Jesús había recorrido con la cruz á cuestas.

Nadie compadecía al deicida en su ostracismo. Más que los insultos y desprecios de la apañada multitud de espectadores, le mortificaba la angustiada voz de su mujer que le decía:

-- ¡Bien merecido lo tienes, Poncio! ¿Por qué no me atendistes cuando te decía con insistencia: *no te metas en la causa de ese Justo, que por él he sufrido mucho en sueños!*....

No pudiendo disculpar su conducta ante Tiberio, éste le mandó desterrado y preso á cumplir su condena á Hispania, donde fué preso en una fortaleza de Tarragona, y allí continuó su triste existencia, hasta que muerto Tiberio fué puesto en libertad.

Pero, ¡qué libertad! Errante vagaba por toda la España Tarraconense, sin encontrar albergue en ninguna mansión de aquellos idólatras, porque su aspecto era repulsivo á cuantos le veían, y huyendo, huyendo, sin que nadie le persiguiera, sino que por el contrario, todos huían de él, atravesó los Pirineos, cruzó por las Galias, y el vacío y la soledad eran sus únicos compañeros. Por doquiera le parecía ver fija en él aquella dulce mirada que su víctima le echó cuando firmaba su sentencia de muerte.

Huyendo, siempre huyendo de aquellos divinos ojos, siempre los veía. Desalentado corría, sin saber á dónde, hasta que penetró en un país agreste, montuoso, salvaje, cubierto de lúgubres bosques y de inmensas lagunas, montañas inmensas, profundos valles, téticos barrancos. Era la Helvecia.

Un día, en el colmo de la desesperación, subió á un monte, en la cima del cual había una laguna. Horrible tempestad se desencadenó, y en medio de los rayos y á la luz de ellos se le apareció terrible visión; era Jesús, medio desnudo, cubierto de sangre, coronado de espinas, vestido de púrpura, con una caña entre las ligadas manos. El espectro clavó en él su mirada, pero mirada apacible y sin odio alguno, y él, lanzando un horrisono grito, se arrojó al lago, donde en terribles convulsiones entregó su alma á Satanás.....

Todavía hoy los sencillos montañeses que habitan aquellas cercanías, refieren al viajero tan lúgubre tradición, y añaden que desde entonces, cada vez que se desencadena una tempestad, las nubes se amontonan sobre el Monte Maldito, y entre el velo de nieblas que lo cubre, rasgado por la luz de los relám-

pagos, aparece la figura de un hombre de aspecto siniestro, inclinado sobre la laguna, en la cual se lava y se restrega sin cesar las ensangrentadas manos desesperadamente,

al considerar aquella revuelta muchedumbre compuesta de Sacerdotes, ancianos de la ley, hombres encañecidos en la interpretación de



retorciéndose convulso y sin lograr hacer desaparecer las manchas de aquella sangre.

¡Sangre divina que hasta la consumación de los siglos ha de estar manando perennemente en sagrados cálices sobre las aras de los Santos Altares del catolicismo!

Manuel Castaños y Montijano.

## La opinión soberana en la sentencia contra Cristo.

EL pueblo soberano hacía cinco días que manifestó su opinión en aclamaciones estruendosas, y llamó á Jesús el hijo de David, se oyeron aquellos Hosanas pronunciados á voces por una muchedumbre numerosa profundamente convencida de que Jesús era un hombre extraordinario; lo consideró como á un príncipe agasajándole en consonancia á lo que los pueblos orientales acostumbraban á ejecutar con los que pertenecían á las familias reales; alfombraron las calles de Jerusalén con sus mantos y ramos de oliva y palmas, cual correspondían á un pueblo entusiasmado que repentinamente le ocurre manifestar la alegría de que su alma estaba saturada. La opinión de aquellas gentes no nos ofrece ninguna duda. No es preciso poseer costumbre de pulsar la opinión del pueblo para saber cuál era la del judío en relación á Jesucristo.

Pues bien; este pueblo, imagen de todos los pueblos, nos enseña con su conducta lo que es la opinión soberana. Sin causa ninguna que lo motive, el pueblo pidió en la misma ciudad en que pocos días antes recibió á Jesús con muestra de consideración, respeto, alegría y admiración; á gritos destemplados se manifiesta después su enemigo, é impulsado por un vértigo de locura, prorrumpe aquella expresión que hubiera sido capaz de trastornar los mismos cimientos del mundo si Dios no tuviera otra cosa dispuesta.

Aquel pueblo clama una y otra vez: *Crucificalo, crucificalo, crucificalo.*

Jamás el mundo escuchó una palabra de mayor crueldad; jamás el mundo asistió á un espectáculo más bajo.

Las carnes se estremecen, y el espíritu experimenta una repulsión que le anonada

la legislación hebrea y hombres de las demás esferas sociales que rodean á Pilatos, y en la plaza pública vocean: *Crucificalo, crucificalo.* Aquel pueblo había perdido el sentido, porque de otra manera no se comprende que su furia no tuviera límites.

¿No es ese pueblo el que le vitoreó y le recibió con reales regocijos? ¿Cómo ahora está ronco de coraje? ¿Cómo no piensa en la injusticia que comete? ¿Es que carece de razón? ¿No tiene á nadie que le insinúe la sinrazón de su desatentado modo de proceder? Pilatos le amonesta y le hace una pregunta que á un hombre de recto juicio le hubiera obligado á detenerse; pero aquel pueblo no oye, está desprovisto de razón. Lleva á un hombre á un tribunal por juzgarle reo de muerte, y á la pregunta del juez *¿Pues que mal ha hecho?* Su contestación es inusitada, y sólo se pronuncia cuando el pueblo es soberano: *Que sea crucificado.*

¿Pero que ha sido de la justicia, Dios mío? ¿No ha visto aquel pueblo tu inocencia? ¿No fué testigo de los bienes que obraste y de los milagros que practicaste? ¿No es el que te obligaba á tomar una barquilla para que mejor te escuchara, pues él tanto á ti en la tierra se aproximaba, que de predicarle en aquel lugar, difícilmente todos hubieran percibido tu voz á no ser que hubiera efectuado su nuevo milagro? Este pueblo ha cambiado; alguna causa habrá producido la mudanza; el evangelista San Marcos nos la dijo consignado por estas palabras: *Sabía (Pilatos) que los Sumos Sacerdotes le habían entregado por envidia. Mas los Pontífices conmovieron la plebe.* Esta historia narrada con suma sencillez, nos dá la clave para que podamos resolver las cuestiones de la misma índole, que se nos vayan ofreciendo en la sucesión de los acontecimientos humanos.

Hemos señalado que el pueblo judío, guiado por la conducta de Jesús en Jerusalén en medio de un regocijo extraordinario, y el mismo pueblo, sin que por parte de Jesús alzara en nada su conducta, cinco días después de aclamarle con Hosana, pronuncia aquellas voces de *Crucificalo, Crucificalo*, posponiéndole á Barrabás, hombre ladrón, asesino y sedicioso. Esto pone á nuestra vista con luz meridiana, que en el pueblo no domina la serenidad de la razón y el criterio desapa-

cionado para que sirve de regla, de moral á las sociedades, la opinión de las muchedumbres cuando están guiadas, como regularmente acontece, por hombres de corazón pervertido, que sólo atienden á lo que su interés personal les demanda. La envidia, la ambición y todo el cortejo de las malas pasiones, son sus consejeras, y aguijoneados por ellas, se auxilian de artes perversas á fin de precipitar al pueblo en las contradicciones más ridículas, y en la agitación de los espíritus de la bestia; maestro es la bestia que se separa de la norma trazada por nuestra madre y maestra la Iglesia.

¿Cómo hemos de pensar que la opinión del pueblo sea la regla de la bondad ó malicie de las acciones cuando el pueblo judío á aquellas palabras de Pilatos *soy inocente de la sangre del justo*, contesta: *Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* Un acto de locura semejante no la han presenciado los siglos. Una execración tan horrorosa es el testimonio más concluyente de la ceguera de aquel pueblo.

Treinta y cinco años habían transcurrido desde que San Mateo consignara tan tremebunda imprecación, prueba irrecusable de la carencia de ojos de aquel pueblo; cuando Tito victorioso destruyó Jerusalén, verificándose una mortandad abrumadora, contándose, según Josefo, más de un millón los que perecieron en el asedio de la ciudad, y refiriéndose aquellas escenas, que tan duras son para el corazón humano. Madres que se comieron á sus propios hijos. Maldición que pesa sobre el pueblo judío más que losa de plomo que le tuviera sepultado.

No importa que sean los dueños de las bancas del mundo, su nombre es siempre anatematizado por todos los pueblos. Su maldición no ha podido ser borrada á pesar de los años que han pasado, y el castigo de su dispersión, de la privación de sacerdocio, de Rey y de ser pueblo independiente, le sienten los hijos de aquellos judíos que clamaron: *Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

La opinión del pueblo no regida por la ley divina, sino la calificada de opinión soberana de la muchedumbre, nunca ha encaminado bien los pasos de los pueblos. Si fuera dado recorrer la historia profana y sagrada, encontraríamos sucesos tristísimos motivados por la intervención del pueblo.

¿Quién no recuerda la lucha de aquellos paisanos de Alemania inflamados á la voz del heresiarca Martín Lutero? ¿Quién no ha leído alguna cosa referente á aquellas cofradías del tonel, de los que eran socios los que tenían tierras al pie de la montaña del hambre, ganadas en los pactos de la miseria y viveros en el mar de la mendicidad? ¿Quién no se estremece de espanto al ver que durante la guerra de los parianos capitaneados por Tomás Muncer, son incendiados más de trescientos Templos, mil Monasterios son destruidos en los que tantas joyas de arte se perdieron? ¿Quién no repugna una guerra en la que aparecen cien mil hombres en el campo de batalla y algunas ciudades son saqueadas? ¿Y por qué? Porque el pueblo era soberano y seguían la bandera de su libertad.

Acontecimientos de la historia contemporánea, nos demuestran que el pueblo es un niño, que dirigido por hombres buenos es amante del bien; pero que cuando hombres perversos la apellidan soberano, su soberanía es igual á la del pueblo judío que gritaba hasta enronquecer: *Crucificalo, crucificalo*, aunque el crucificado sea Dios, como lo era Jesucristo.

Anacleto Heredero.

## Las cinco Llagas del Señor.

1.<sup>a</sup>

### Ple izquierdo.

Ese pie que ensangrentado miro en la Cruz Redentora, fué por mi culpa traídora herido y atravesado; ya que ha sido mi pecado causa de tanto dolor, dejadme venir, Señor, vuestra sangre á restañar ó hacer qué corra á la par con lágrimas de mi amor.

2.<sup>a</sup>

### Ple derecho.

En la culpa me perdí; bien me buscásteis á fe;

herido tenéis el pie  
de tanto correr tras mí;  
pues ya me tenéis aquí  
y os he cortado esa herida  
y veis mi alma arrepenida,  
escuchad mi amante queja;  
no dejéis marchar la oveja  
que estuvo un tiempo perdida.

3.<sup>a</sup>

Mano izquierda.

Como busca al mar el río  
os voy buscando, mi Dios;  
que está sediento de Vos  
este corazón vuestro;  
Vos lo llenaréis, bien mío;  
que para la sed que siento,  
tiene muy cerca la fuente,  
que de vuestra mano brota,  
y le bastará una gota  
de esa sangre, solamente.

4.<sup>a</sup>

Mano derecha.

Al impulso y movimiento  
de esa mano aprisionada  
salió el mundo de la nada  
y palpó el firmamento;  
brilló la luz; rugió el viento;  
pobláronse tierra y mar,  
y vinieron á odorar  
la mano del Creador;  
¡tan sólo el hombre traidor  
quiso esa mano enlovar!

5.<sup>a</sup>

Uña del costado.

Ya me mueve á compasión  
esa Uña del costado,  
y triste y desconsolado  
vengo á pedir perdón;  
llovo estoy de confusión;  
Señor, ¿qué queréis de mí?  
pues yo esa Uña os abrí  
decidme con qué se paga;  
porque basta que os satisfaga  
no me levanto de aquí.

Luis Eam de Vin.

Yo soy... y cayoron en tierra.

I

En el monte de los Olivos, en la nunca olvidada noche en que, con la frente pegada al polvo, oró Jesús á su eterno Padre para que, si tal era su voluntad, apartara de sus labios el cáliz de tanta amargura, protesta el cuento que significa que no estaba comprendido en el decreto paradisiaco y moría por salvar al mundo; en el huerto de Getsemani y en aquella noche serena y apacible como la conciencia del Justo, como si Dios, en sus inescrutables designios, hubiera querido acrecentar los dolores que, como huracanes desencadenados, agitaban el conturbado espíritu de su amado Hijo con la calma desusada de la insensible naturaleza, como si pretendiese traer á su memoria, en aquella apartada granja, el recuerdo del huerto de las delicias, el terrenal paraíso, como si hubiera intentado enseñar al género humano que las ruinas causadas por la soberbia y el deleite se restauran con la humildad y el sufrimiento; en aquella soledad y á hora avanzada de la noche, incierta y amortiguada la luz de las estrellas, pálidos, débiles y sin brillo los rayos lanzados por la melancólica luna, el aire sin rumores y el cielo sin nubes, entonces, con melodías armoniosísimas nunca escuchadas por el oído humano, con fulgores no percibidos por los soñolientos discípulos, como á un tiro de piedra apartados de aquel sitio, entre nubecillas nacaradas henchidas de perfumes y con imperceptibles aleteos, invisible, celestial mensajero se acerca al Salvador que oraba entristecido, empapa en suavísimo lienzo, no tejido por hombres, el sudor sanguinolento que bañaba su rostro, y le dice una palabra misteriosa, le anuncia una idea divina que no consigna el Evangelio porque no cabe en humano cerebro, y con tan celestial auxilio fortalecido, se levanta del suelo y se incorpora á sus discípulos.

II

¡Cuántas sublimes enseñanzas en este misterioso acontecimiento! Empieza á padecer el Redentor del hombre, en un lugar semejante al en que habla comenzado el pecado: en el valle del aceite, que es el significado de la palabra Getsemani, derrama su preciosa sangre, que es el precio con que, esclavos, nos rescata, el óleo santo con que, nos fortifica, el bálsamo de salud con que nos immortaliza; pide á su eterno Padre que *pase aquel cáliz*, signo de la flaqueza y de la humana repugnancia, en prueba de que la divinidad no había quitado á la humanidad ni la aprehensión del dolor ni el sentimiento; pero añade que se cumpla el divino beneplácito con un *fiat*, que es la expresión de la fuerza y del precepto, en prueba de que nada había

perdido por su unión con la humana, la naturaleza divina. La voluntad que rehúsa, descubre al verdadero hombre; la voluntad que manda, revela al verdadero Dios; sin oposición, ni contrariedad, había en Él dos voluntades. Pero convenia esta manifestación de su dolor profundo, de su tribulación incomprendible, de su miedo á la pasión que le amenazaba y á su oprobiosa muerte, porque si hubiese guardado silencio, de haberla aceptado sin manifestar repugnancia, hubiera parecido que abdicaba sus derechos naturales á la inmortalidad que por doblado título le correspondía, y lo que es aún más inconveniente, hubiera manifestado insensibilidad en el dolor, ó que lo merecía en justicia. Mas al decir al Padre que *pase aquel cáliz*, que no le compare con los pecadores, significa claramente que no está sujeto á los lazos de la muerte, ni obligado á pagarle tributo de justicia; y cuando añade que se cumpla su voluntad soberana, declara su conformidad con el eterno decreto de la reparación del humano linaje, y que por voluntad se ofrecía á pagar la deuda que no habla Él contraído.

III

Su oración fué oída y aceptado su sacrificio; borrraría de la frente del hombre la marca de la reprobación irremediable y eterna; abriría de par en par las puertas eternas para que de nuevo pudiera la humanidad prevaricadora entrar en la celeste Jerusalem y disfrutar de la inefable bienaventuranza; rompería en pedazos las cadenas con que Satanás la tenía aprisionada para vivir del espíritu de Dios, en donde la libertad reside; pero el precio de ese rescate sería el mérito de los dolores experimentados al herirse sus plantas con los abrojos de los caminos del tiempo; las lágrimas de sus ojos vertidas en consideración á las que pretendía enjugar en los ojos de los culpables; los suspiros de su pecho oprimido por la angustia; los azotes sufridos en sus espaldas, allá en la columna de las afrentas, dados por humanos verdugos; las calumnias que taladrarían sus oídos preparados para escuchar las melodías de los ángeles y las bendiciones de los justos; las bofetadas descargadas en sus mejillas por la fiera soldadesca; la sed que experimentarían sus labios, siempre abiertos al perdón y á la misericordia; la Cruz de ignominia que llevaría sobre sus hombros en el camino del Calvario; los clavos que traspasarían sus pies y sus manos; las espinas de la corona que atormentaría su cabeza; los cordeles que descuartiarían sus huesos; la hiel que amargaría sus fauces, y la lanza que atravesaría su costado.

Y sobre todos estos dolores, y sobre el mérito de tanto padecimiento en su cuerpo, el mérito de los dolores del alma, la tortura del desprecio, de los combates á su doctrina por los enemigos de la verdad, por los herejes de todos los lugares; el sentimiento de ver, con una mirada que abrazó todos los tiempos, las sombras que procurarían anonotnar sobre ella los ciegos del espíritu, los incrédulos de las futuras generaciones; las sacrilegas profanaciones de las cosas más santas que Él había establecido como tablas de salvación en el común naufragio; las apostasias de los que, atraídos por las seducciones de las oratorias, renunciarían á los placeres que da

Todo esto y mucho más vió cruzar por su cabeza en aquella tormentosa agonia, y, no obstante, se ofreció para que se hiciera en aquella ocasión y siempre la voluntad del Padre y le ofreció los merecimientos inefitos del mar amarguísimo en que estaba sumergido, cuando un latido de su corazón, un beso de su amor infinito, una lágrima de sus ojos, un suspiro de su pecho, una mirada de cariño, una palabra de sus labios, una gota de su sangre, habrían bastado para salvar un mundo y mil mundos, si tantos fueran los que debía redimir con su precio.

IV

Hecho este ofrecimiento, dirigida al Padre ésta que por la Iglesia se denomina la Oración del Huerto, apercibido de la presencia del Ángel que el Eterno le enviaba para confortarle, alzó su frente y vió en las manos del celestial mensajero el Cáliz de la amargura, y entendiendo cuál era la voluntad del Padre, tornó sereno por tercera vez á sus discípulos, diciéndoles: «Dormid ya y reposad; ved aquí llegada la hora y el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores».

Pero no dormían todos los discípulos; uno de ellos, que desde aquella noche viene dando en la historia con su nombre, el nombre de los traidores; Judas, que se habia separado de los demás apóstoles llevado del criminal designio de vender al Maestro, convenido el precio, pidió tropa, y habiéndosele dado, una cohorte al mando de un tribuno, y con estos quinientos hombres, inmensa turba de pueblo animada por los escribas y fariseos, y la dependencia del Pontífice, armados de espadas y palos, se encaminó silenciosamente al sitio donde Jesús debía encontrarse, donde según costumbre, como dice el Evangelio, oraba todas las noches, á Getsemani, á donde, por evitarle trabajo, no quiso faltar en la ocasión el Divino Maestro.

Para que no burlase sus pesquisas, huyendo á la espesura del huerto, llevaban lianternas y teas encendidas; precaución inútil, porque Jesús no huye. Ha habido en Él, en pocos momentos, una transformación singularísima. El hombre tímido y abatido bajo el peso de una profunda tristeza; el hombre agonizante por la fuerza de un dolor sobrehumano, ha desaparecido, y al presente sólo se ve en Él al Salvador tranquilo y animado á la Pasión y á la muerte por haber sido aceptado el precio de nuestro rescate, por haber pagado nuestra deuda á la justicia ofendida, por haber restituido nuestro derecho á las bendiciones celestiales. Por eso, momentos antes, temeroso y entristecido, camina ahora intrépido, como cabeza y modelo de los mártires, á consumir la obra de nuestra salvación eterna.

Se acerca el traidor al frente de la turba armada, y Jesús no huye, sino que les sale al encuentro con la confianza de un hombre que espera fieles amigos que llegan para consolarle. El Salvador, lleno de bondad, se oculta y huye, cuando el pueblo, en el delirio que le produce la gratitud por sus múltiples beneficios, en el exceso de su entusiasmo, quiere colocar una corona de oro en sus sienes, en sus manos un cetro y sentarle en un trono de majestad y grandeza; pero cuando se trata de ofrecerle una corona de espi-

encuentro; todavía quisiera convertir al culpable, y por lo mismo le recibe con la frente serena y el semblante apacible, respirando mansedumbre, hablándole con bondad y dulzura, como puede hablar el que es bondad y misericordia.

V

Esta serenidad le desconcierta; este proceder impide á sus perseguidores realizar el pensamiento que llevaban de aterrarle con la repentina presencia de tantos hombres armados, y disfrutar de su terror con bárbara complacencia. Jesús les sale al encuentro, se presenta ante ellos, y con una actitud serena, con voz, mezcla de majestad y dulzura, les pregunta: ¿A quién buscáis?

Tantas luces no le descubren; tantos ojos no le distinguen; tantas personas que muchas veces habian estado en su compañía no le reconocen; Judas, el mismo Judas, á un paso de distancia de su Maestro, cuya palabra tantas veces habia sonado en sus oídos, cuya mirada tantas veces le habia iluminado con su luz, cuyo semblante estaba dibujado en su retina, que habia dado á las tropas esta consigna: «Aquel á quien yo besare, ese es, prendedle»; no sabe que lo tiene delante y responde que buscan á Jesús de Nazareno.

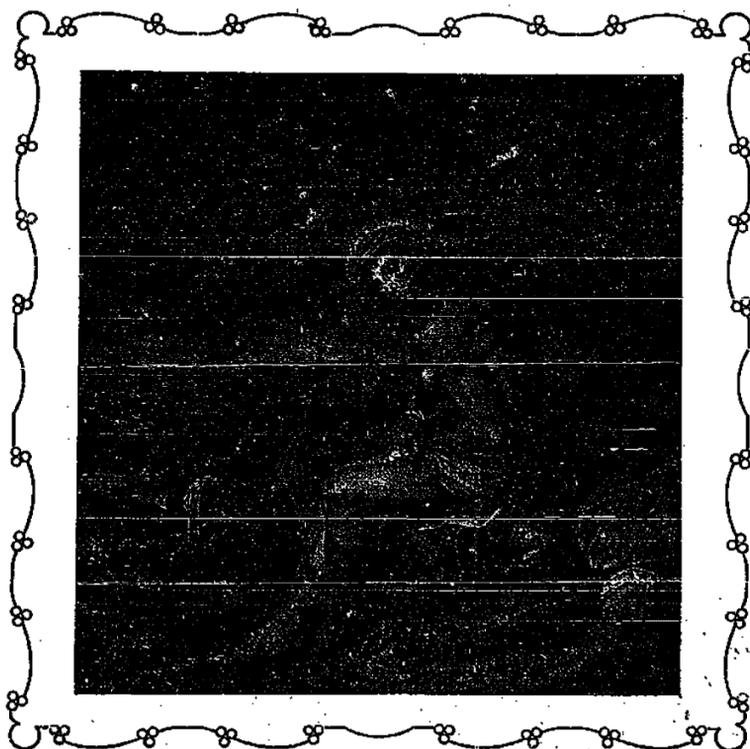
¿Qué cambio ha sufrido el Redentor del mundo que explique este misterioso desconocimiento? ¿Fué un rayo de la divinidad que al igual que sobre la cima del Tabor resplandeció en sus vestidos y en su semblante? ¿O fué por el contrario que tanto ocultó su divina naturaleza que sólo percibieron en Él un esclavo descendiente de Adán, un pecador vulgar, un hombre inofensivo sin el nimbo de la fama que suele rodear á los sabios, sin los prestigios que siguen naturalmente á los genios, sin la influencia mágica que encierra la palabra de los oradores elocuentes, la doctrina de los grandes Maestros?

Y este fenómeno se repite á través de las generaciones y llega á nosotros y alcanzará hasta el último día de los tiempos. ¿Cómo se explica que después de tantos siglos de historia, de tantos milagros recogidos por ella y obrados en virtud y en nombre de aquel perseguido, de tantas vidas arrancadas por confesarle todavía se le desconozca, todavía no se le ame, todavía se le odie? Tal vez porque este odio, como estaba profetizado, es gratuito; porque es instintivo y diríamos mejor satánico; porque es el odio á lo divino, porque han arrancado de sus divinas sienes la áurea corona que colocan sobre la frente del puro hombre, y Jesucristo no es Moisés, ni Salomón, ni solamente hombre por grande que se le suponga, sino Hombre-Dios, y por eso no le conoce el que le tiene por Redentor humano ni el que reconoce en Él poder sobrehumano, ciencia divina, bondad infinita pero sólo como ideas que transformaron el mundo y no como el Verbo del Padre encarnado en el seno siempre puro de la Virgen de Nazaret.

VI

Pero Jesucristo es lo que es, un personaje histórico cuyos hechos no han podido borrar todos los odios concentrados; y ora amado, ora aborrecido, es hoy como en los días de Herodes y Pilatos el signo de la contradicción y el único que reina en el corazón de millones de adoradores suyos: el único que, adorado ó perseguido, es, y será, la fuerza que impulsa al género humano en su marcha progresiva á través del tiempo y del espacio; la razón del movimiento de las sociedades atacándole y defendiéndole, la luz que alumbra y la luz que ciega, la palabra que condena y la palabra que salva; en fin, el Hombre-Dios, ayer, hoy y siempre, que al venir al mundo obra de sus manos «los suyos no le reconocieron, y constituyó hijos y herederos de Dios á los que le recibieron y adoraron».

Claramente se lo dijo á Judas que buscaba en el huerto de los Olivos á Jesús Nazareno. Yo soy, contestó; yo soy Jesús, ó lo que es igual, el Salvador por antonomasia, el Mesías prometido; yo soy el Verbo Eterno, el Hijo substancial que Dios engendró antes del principio de las cosas, distinto del Padre como persona é idéntico como naturaleza; yo soy la palabra creadora que al dirigirse al caos le dió el ser y apareció la vida, la luz que ha encendido la luz de las estrellas, la fuerza que sostiene colgados el sol y la luna como relucientes lámparas en la bóveda del firmamento; yo soy el sopro amoroso que vivifica todas las cosas, y sin el cual se haría polvo y volvería á la nada la creación entera; yo soy el eterno manantial que, al difundirse en raudales copiosísimos, he dado al cielo su azul hermosísimo, á los planetas sus armonías y á la tierra sus magnificencias; yo soy el mismo á quien los reyes adoraron en la cuna y los pastores ofrecieron la lana de sus ovejas para que me abrigara; yo soy el Maestro á quien preguntaron los doctores y los rabinos sobre las verdades que anunciaron mis labios; yo soy el que dió salud á los enfermos, agilidad á los tullidos, sabiduría á los ignorantes, y el que con una sola mirada hace venir y seguirme los publicanos de Cafarnaun, los pescadores del mar Tiberiades y hasta los soldados del pretorio; yo soy el mismo que tuvo hambre y sed y cansancio al cruzar las sendas del campo, al



siempre el Criador á los guardadores de su Ley, y en fin, la innumerable multitud de culpas y culpables para los que serían infructuosos sus anhelos, inútiles sus padecimientos y sin valor su sacrificio.

nas y un cetro de caña, y de ser elevado al trono de la Cruz por amor nuestro, lejos de esconderse, se presenta y ofrece á los que, ciegos, pretenden infamarle y arrancarle la vida. Judas se aproxima, y Jesús le sale al

anunciar mi venida y el que anduvo sin hundirse sobre las superficies de los mares.

Si buscáis a Jesús Nazareno, yo soy; pero al pronunciar esta palabra, dió á su voz tal entonación misteriosa, que huyeron todos amedrentados y cayeron como heridos por el rayo derribados en tierra.

Si no fuera Dios, ¿cómo una sola frase, yo soy, pronunciada por un hombre sin defensa, poco antes en agonía y lleno de espanto y tristeza, hubiera producido este efecto?

¿Qué será el último día de los tiempos cuando venga como Juez en Majestad y grandeza?.....

Jorge Borondo.

## La espada dando testimonio

### de la Divinidad de Jesucristo.

NUNCA se nos manifiesta tan clara y tan verdadera á nuestra consideración aquella frase de Tertuliano, de que el alma humana es naturalmente cristiana, como en estos días en que la Iglesia católica con sus santas y lúgubres solemnidades, nos hace recordar los augustos misterios de nuestra Redención.

En efecto; ¿quién habrá, por ilustrado que se tenga y de generoso se precie, que no se haya sentido tristemente impresionado al observar ese natural recogimiento con que todo parece asociarse al hombre en la contemplación de los sufrimientos de Cristo ante el cuadro, mejor dicho, ante la acción misma de aquel sacrificio que todo lo consumió, ante aquel hecho que llena el mundo y que según frase de Schelling tiene por centro la persona de Cristo, tal como nos lo representa el Evangelio? La Iglesia, ostentando todo su brillo y esplendor; el murmullo incesante del rezo de los fieles; la humilde solicitud de las señoras, implorando la caridad para los pobres; los guerreros, depuesta su actitud marcial, llevados por sus jefes á orar ante los altares cristianos y la solemne palabra del Sacerdote reproduciendo desde el púlpito las horribles escenas de tan sangriento drama, nos recuerdan aquellos primeros siglos de acendrada fe, y cuán tierno y entusiasta latía el corazón de nuestros mayores bajo sus armaduras de hierro.

Escuchaba el Rey de Francia, Clodoveo, la divina Pasión de los inspirados labios de San Remy; y al llegar al momento de la crucifixión, no pudiendo contenerse, gritó:— ¡Que no estuviera allí con mis francos para vengarle!

Y en otra época oía predicar la Pasión de Jesucristo el valiente Crillon, uno de los mejores Capitanes de Enrique IV; y cuando el predicador llegó á la sangrienta escena de los azotes, el guerrero se levantó fuera de sí llevando la mano á la espada y gritando:— ¿Dónde estabas tú, Crillon? ¿Dónde estabas tú?

Napoleón, ese gran genio y colosal poder de los tiempos modernos, vencido por la evidencia en el período más crítico de su vida, supo también darnos un testimonio patente de la Divinidad de Jesucristo en aquellas íntimas conversaciones habidas con los Generales Montolon y Bertrán en la isla de Santa Elena, á quienes en momentos solemnes y comparando al Divino Maestro con los demás fundadores de religiones, decía: «.....pero habla Jesucristo, y las generaciones le pertenecen desde luego por vínculos más estrechos y más íntimos que los de la sangre por una unión más íntima, más sagrada y más imperiosa que cualquiera otra. Enciende una llama de un amor que apaga el amor propio y prevalece sobre todo otro amor. A este milagro de su voluntad, ¿puede no reconocerse al Verbo, criador del mundo?» Y comparando la influencia de Aquél en el mundo con la que él ejerciera en otro tiempo sobre los hombres, exclamaba: «Ahora que estoy en Santa Elena, ahora que estoy solo y aislado en esta roca, ¿quién batalla y conquista imperios por mí? ¿Dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿Quién se acuerda de mí? ¿Quién se agita por mí en Europa? ¿Quién se me ha conservado fiel? ¿Dónde están mis amigos?» (Aquí la voz del Emperador tomó un acento particular de profunda tristeza). «¡He aquí el destino de los grandes hombres! ¡Este fué el de César y Alejandro: ser olvidados para siempre!... únicamente Jesucristo consiguió elevar el corazón del hombre hasta lo invisible, hasta el sacrificio del tiempo; únicamente El, creando esta inmolación, supo crear un vínculo entre el cielo y la tierra.... ¿Qué abismo entre mi profunda miseria y el Reino eterno de Cristo, predicado, amado, adorado, siempre vivo en todo el Universo!... ¿Es esto morir? ¿No es más bien vivir? Esta es la muerte de Cristo; esta es la de Dios.» (1).

Hilario González.

(1) Estas palabras del gran soldado de los tiempos modernos, que revelan el carácter original de un alma amaestrada en la escuela del infortunio, se publicaron en 1841, conforme á las comunicaciones del General Montolon. La prensa periódica las reprodujo como un extracto de las memorias del General Bertrán, interlocutor del primer Emperador Bonaparte. Muchas veces se han citado, y algunas en ocasiones solemnes, sin que se haya negado por nadie su autenticidad.

## Mater Dolorosa.

¡Oh quam tristis et afflicta  
Fuit illa benedicta  
Mater Unigeniti!

Se había consumado la Redención. Jesús había lanzado desde la cumbre del Calvario el terrible *Consummatum est*. Todo está consumado, todo está concluido, todo menos el dolor de su amorosísima Madre, que sigue padeciendo cuando el Hijo de Dios ya no padece, y al pie de la Cruz sigue aún sufriendo la pasión que en la Cruz ha terminado.

Y es que la vida de la Virgen fué una continuada pasión, y en medio de sus grandezas y predilecciones del Eterno, es la criatura más atribulada desde el momento en que el anciano Simeón la anuncia en los pórticos del Templo el papel augusta que está llamada á desempeñar en los destinos de la Humanidad.

No sin razón la Iglesia saluda á María con el título de Reina de los Mártires, y la aplica aquellas palabras del Salmista: «Con el dolor ha desfallecido mi vida, y mis años con los gemidos.» *Defecit in dolore vita mea et anni mei in gemitibus.*

María al pie de la Cruz es la apoteosis divina del sufrimiento, el poema más sublime de los dolores humanos. «Aquellos dolores que no tuvo la Virgen en su parto—dice San Juan Damasceno—los sufrió en el tiempo de la pasión.» «¿Qué digo dolores de parto?—añadiré con San Anselmo—«Cuanto de crueldad tuvieron que sufrir los cuerpos de los Mártires, todo fué leve en comparación del dolor de María.» «Ella—exclama San Bernardo—fué más que mártir, habiendo sido mucho mayor la pena que padeció en el An-



no, que cualquiera pena de sentido.» «El alma de María—escribe San Lorenzo Justiniانو—era un clarísimo espejo en el que reverberaban todas las penas de Jesús, su Hijo: los mismos dolores que Jesús, Rey de los Mártires, padecía en el cuerpo sobre la Cruz, aquellos mismos padecía su Santísima Madre, Reina de los Mártires, en su corazón al pie de la Cruz. *In corpore filius, in mente erat Genitrix crucifixa.*» Los dolores y sufrimientos de María no tienen comparación en lo humano, porque son intensos como el amor que tenía á su Divino Hijo, y como los tormentos que éste sufrió, incommensurables.

¡Oh, vosotros que transitáis por los horizontes del sufrimiento, detenedos.... y comparad si hay dolor semejante al suyo!.... «¡Me han dejado sola», exclama entre apagados sollozos, levantando ojos y brazos hacia la Cruz donde pende agonizante el cuerpo ensangrentado y deshecho de su Divino Hijo, y recogiendo con sus nubladas pupilas el postrer aliento del amado de su alma.... ¿Quién es el hombre que no se conmueve al ver á María en tanto suplicio?

La Virgen, no teniendo nada que expiar, debía, según los Santos Padres, para merecer el título de Reina de todos los Santos, aventajar á éstos: en su semejanza con nuestro Señor Jesucristo, «varón de dolores», *virum dolorum*, como le llama Isaias; en su amor á Dios, amor que nos excita á sufrir por Él; en sus méritos, fruto de su heroica resignación, en sus sacrificios por la gloria de Dios y por la salvación de las almas.

¿Qué enseñanzas más sublimes y consoladoras!

Jesús, muriendo en la Cruz, y María, muriendo con Jesús, santificaron el dolor; por eso desde entonces sufrir es lo mismo que merecer, y las tribulaciones y padecimientos

de esta vida, purificados en el crisol de la resignación, son medio de alcanzar la eterna.

Y si Dios, queriendo dar á María una prueba de su privilegiado amor, no encuentra en sus inagotables tesoros otra joya de más precio que la Cruz, ¿nos consideraremos nosotros desgraciados cuando nos la da para que la llevemos, siendo así que á la que lo es más amada se la hizo llevar hasta la muerte? ¡No, y mil veces no!

Descubramonos y postrémonos ante la incomparable y augusta grandeza del dolor de la Virgen; y cuando abrumados por la tribulación estemos tristes, muy tristes.... en esas horas de infinita tristeza, que á veces embargan al espíritu, y en las que al través de nostalgias celestiales ó terrestres sinsabores aparece descarnado y frío el tedio de la vida, subamos al Calvario y aprendamos de la Maestra del dolor á sufrir y á llorar, á llevar nuestra cruz con resignación y alegría santas, como regalo del cielo.

Porque son dichosos los que lloran, y bienaventurados los que padecen y sufren.

## La Profecía.

Un pueblo errante y perseguido, sin templo ni nacionalidad, perdura en la vida del mundo como viviente testimonio de la divinidad de Cristo: á los milagros del Mesías se ha unido la predicción de algo que no tiene precedente en el curso de la Historia ni explicación racional en el orden de los acontecimientos.

En el reinado de Tito Vespasiano fué destruido el templo de Jerusalén, esclavizada y diseminada la raza de Abraham, que ebria de odio, profirió, ante el Pretorio de Pilatos, estas palabras suicidas: «que la sangre de Jesús caiga sobre nuestras cabezas.»

## Imitación de los salmos.

Tolle, Tolle.

DESCONOCIDA está la ciudad santa—la ciudad de los profetas y de los ungidos de Dios.

Sus calles mugen como torrentes—devastadores.

La iniquidad se halla sentada bajo el solio de la justicia—la flaqueza oprime el pecho de los fuertes.

El miedo y la envidia se unieron en consorcio—engendraron el sacrilegio y parieron el homicidio.

Blasfemaron en sus concilios los grandes y los pontífices—y los hijos del pueblo repiten sus blasfemias en voz alta.

¡Ay de los malos porque amaron la maldad—ay de los ciegos, porque no quisieron ver y se rodearon de tinieblas!

Cerraron los ojos á la luz—y el calor del sol derriñó sus pupilas para que nunca más viesan.

Precipitáronse en el abismo—empujados por las manos que debían detenerles.

Precipitáronse en un lago de sangre—como piara sedienta, en el agua cenagosa.

Y murió la nación quebrantada por esta caída—y de esta caída nació la salud del mundo.

Como ciervo acosado por los cazadores—á ti vuelo, oh mi Dios, sé mi escudo y mi amparo.

Mis hermanos se han hecho enemigos míos—mis hijos han jurado mi oprobio y mi ruina.

Persiguenme como canes rabiosos—y sienten en mis carnes la mordedura de sus dientes.

Oyeles, Señor, cómo gritan desahogados—ahullan como lobos hambrientos alrededor del cordero que paca en el desierto.

Yo soy su presa—como la inocente paloma entre las garras del gavilán.

¿Quién me librará de sus uñas retorcidas?—¿Quién me defenderá de su pico afilado?

Pueblo mio, pueblo mio, ¿qué mal te he hecho para que así me trates?—¿para que destruyas mi cuerpo como la sal bajo la piedra del molino?

Yo te he calentado en mi regazo—te he llevado en brazos como la madre á su primogénito.

Te amamanté con la leche de mi doctrina—más dulce que la miel de los panales.

Te he dado una herencia inmortal, que en menosprecio mio has cedido á los extranjeros—sin recompensa alguna.

Ayer me aclamabas por tu rey y me victoreabas—ayer me bendecías con cánticos de regocijo y de alabanza.

Y hoy llamas sobre mí los sonrojos de la ignominia—y los horrores de la muerte.

Y por satisfacer la envidia de los impíos—te haces reo de mi sangre.

Tú me has saciado de tormentos—y todavía tu ingratitude atiza la llanta de tus rencores.

Me has azotado como al manojo de lino—que en el verano machaca el labrador.

Has coronado mi cabeza con zarzas y abrojos—como piedra desprendida de viejo monumento.

Has puesto en mis manos un cetro de caña endeble—para burlarte del rey á quien ayer aclamabas.

Y mi padre oíó mis sienes de gloria—y puso en mi diestra el cetro del universo.

Héme aquí herido y acardenalado—cuenta mis huesos al través de mi piel agujereada.

Mira la sangre que gotea de mis heridas—como el rocío que cae de las nubes en las alboradas de invierno.

Lleno estoy de dolores como la mujer que va de parto—y siento ya que el frío de la muerte penetra la médula de mis huesos.

Y todavía estás llamando—levantémosle en la cruz de los malhechores.

Oh Rey de las naciones, sube á tu cruz—que las naciones todas te adorarán.

Y tu patíbulo será tu trono—y tu oprobio se convertirá en gloria inmensa.

Y el llanto de los justos será tu consuelo—tus dolores el alivio de las almas oprimidas.

Y á la postre serán confundidos tus enemigos—y la vergüenza sellará sus frentes.

Y las verá humilladas delante de tu majestad—y temblarán como las hojas del árbol en lo más recio de las tempestades.

Y con ellos se avergonzarán los pecadores todos—cómplices de su iniquidad y de sus blasfemias.

T. A.

## PROCESIONES

El Jueves Santo, á las seis y media de la tarde, saldrá de la Iglesia de la Magdalena la procesión, con las imágenes de Jesús atado á la columna, La oración del huerto, Jesús Nazareno, La Dolorosa, Jesús Crucificado, el Lignum Crucis y La cena. Recorrerá las calles siguientes: Plaza de la Magdalena, Corral de Don Diego, Solarejo, Comercio, Hombre de Palo, á la Catedral, sale de la Catedral y sigue Arco de Palacio, Nuncio Viejo, Instituto, Plata, Belón, Comercio, Solarejo á la Parroquia.

El Viernes Santo, á las siete de la tarde, saldrá de Santa Justa la procesión del Santo Entierro, con los pasos siguientes: El Calvario, El Descendimiento, Jesús en los brazos de su Santísima Madre, El Sepulcro y La Soledad. Recorrerá las calles siguientes: Plata, Jardines, Nuncio Viejo, Palacio Arzobispal, Ayuntamiento, Arco de Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Sillería, Alfileritos, San Vicente y Plata.

IMPRESA DE LA VIUDA E HIJOS DE J. PELÁEZ

Alfredo Serrano.